

tramo de la escalera, arrojaronle en tierra de un furibundo empellon, y arremetiéndole contra él, llenaronle de bofetadas y puntapiés en la cara, la que chorreaba sangre por todas sus partes.

Por fin Malco tuvo la malvadá ocurrencia de cogerle por el cabello al divino Nazareno, y así arrastrándole introdujole en la sala donde los malditos jueces se hallaban congregados, mientras que los demás verdugos le acompañaban dándole terribles golpes con el asta de las lanzas, con los nudosos palos que llevaban, y por fin con las cadenas y cuerdas con que venia atado.

Este espectáculo de horror, esta escena nunca vista en ningun tribunal, excitó la hilaridad y la rabia á la vez de los jueces inícuos, que, léjos de acriminar acto tan brutal y sanguinario, lo aplaudieron con furor.

Llegados á la mitad de la sala, Malco sonriendo soltó la cabellera de Jesucristo, y la divina cara dió con fuerza en tierra, mientras que el desdichado Malco quitaba de sus manos los muchos cabellos de Jesucristo, que le habia arrancado arrastrándole.

El Sanhedrin aplaudia, á escepcion de seis individualidades, que unos miraban con horror aquella escena de espanto, y otros la contemplaban teniendo despedazado el corazón.

Jesucristo seguia tendido cuan largo era en el suelo, y Malco pretendió hacerle levantar, dándole un tremendo puntapié en la ensangrentada y dolorida cabeza.

Al ver aquel acto de crueldad, Nicodemus no se pudo contener, y sintiendo enardecido su pecho en santa ira, gritó poniéndose en pié:

— ¡Bárbaro!

Aquel grito puso silencio á la algazara infernal que do-

minaba allí y aprovechándose el buen sacerdote de aquel silencio gritó:

— Nasi de Israel; ¿ así se introducen los acusados á la presencia del Sanhedrin?

Con indomable ira miraron todos á Nicodemus, mientras que este se acercaba á Jesús, ayudándole á ponerse en pié.

Jesucristo le miró dulcemente, y como que con aquella mirada le diese las gracias por lo que con él hacia, y pensaba por él hacer.

Despues Nicodemus se volvió á su asiento, sin importarle nada las irritadas miradas de que era objeto. Al sentarse observó que una lágrima titilaba en sus ojos, y que otras muchas le enviaba allí el corazón enternecido.

En aquel momento el Nasi apenas tuvo valor para decir á Malco y á los soldados que le acompañaban:

— Retiraos. Para nada se os necesita aquí.

Y los soldados antes de retirarse consultaron con Anás por medio de una mirada, acerca de lo que debian hacer. Despues obedecieron.

## CAPITULO XII.

### Los Testigos falsos.

Hubo unos momentos en que los que iban á juzgar á Jesucristo parecian espantados de la grandeza de su crimen. Acaso era la última vez que Dios les indicaba por el asombro extraño que les dominaba á todos, la inmensa trascen-

dencia del paso que iban á dar, para que nunca tuvieran excusa, ni delante del Altísimo, ni delante de su pueblo, ni delante de la historia.

Estos momentos pasaron rápidamente, como pasa rápidamente la última insinuación que hace Dios á un alma criminal, antes de dejarla endurecer en el pecado. Aun Anás y Caifás, aun los hijos del primero se hallaban dominados por el misterioso estupor que á todos les embargaba, cuando se levantó Onkelos frenético, lleno de despecho y rabia, y con acento bronco y exaltado por la ira y la infernal alegría que le dominaba á la vez, dijo:

—¿Qué hacemos? El reo está ante el tribunal, y el maldito influjo que le ha rodeado hasta ahora, parece que nos fascina á nosotros también; á nosotros sus jueces, reunidos aquí para condenarle. ¿Qué tardais, Nasi de Israel, á llamar los testigos que han de deponer contra el sedicioso, contra el trastornador, contra el blasfemo, contra el miserable embustero, que se halla preso y esperando nuestro juicio?

Gamaliel dijo débilmente:

—El acusado está bajo el amparo del Sanhedrin, y os ruego que modereis vuestros ímpetus, si no por humanidad, al menos por el respeto que los jueces deben al tribunal de Israel.

Onkelos amostazado despidió una mirada satánica, que hubiera aniquilado á Gamaliel si hubiese tenido poder para ello. Caifás y Anás miraron también amenazadoramente al Nasi, pero este hizo como que no advertía todas esas miradas fieras, y poniéndose en pié, rezó las oraciones que se acostumbraba en semejantes casos, para invocar el auxilio del Altísimo, á fin de que presidiera en aquella sesión la severa é inflexible justicia.

Varias veces Gamaliel se estremeció recitando dichas oraciones. Parecíanle un terrible sarcasmo arrojado temerariamente al rostro del Eterno, porque todos los concurrentes allí sabían que Jesús era inocente, é invocar el auxilio de la justicia divina para condenar á un inocente, es en realidad un sarcasmo arrojado al rostro de Dios.

Nicodemus y José de Arimatea se estremecieron también, y se preguntaban si Dios tendría paciencia para sufrir las grandes iniquidades y crímenes que allí se cometían tan bárbara y descaradamente, y cual no los pudieran cometer mayores unos seres, que ni tuviesen idea de la divinidad, ni de lo que se debe á un hombre, no digo inocente, sino hasta á un criminal, cuando se halla bajo el dominio pleno de la ley.

Y á veces estos dos hombres justos creían que la tierra se abría para tragarse á infames tan grandes, y á criminales tan audaces, cual se abriera para tragarse vivos á Datan, Coré y Abiron; y otras veces pensaban si el soplo de Dios haría desplomar el techo de la casa sobre cabezas tan protervas, para reducirles en un momento á la nada, y castigar así su portentosa iniquidad.

Y agitados por estas ideas temblaban el sacerdote y el anciano senador, y no sabían si pedir perdón á Dios para tantos y tan grandes criminales, ó si rogarle que los confundiera y castigara en un momento á todos, pues tan duros y tan inmerecidos tratamientos daban de palabra y por obra, al que merece las constantes y mas entusiastas adoraciones de todas las criaturas racionales é irracionales.

Mientras tanto Gamaliel tembloroso y pálido tomó otra vez asiento, y los demás jueces inícuos hicieron lo propio.

Y Jesús, duramente atado con cuerdas y cadenas, y pudiéndose apenas sostener en pié, estaba en medio de la sala

con la cabeza baja, los ojos hinchados puestos humildemente en tierra, el rostro ennegrecido y desfigurado por el cieno del Cedron, por la sangre que brotara de las heridas que en él tenía, y por las bofetadas y puñetazos que había recibido. Sus rubios y sedosos cabellos hallábanse enmarañados y ennegrecidos también, y mientras que una parte de ellos le pendía hácia un lado, en el opuesto dejaban ver una llaga ensangrentada y dolorosa, producida allí por haberse llevado un manojo de ellos la dura y cruel mano de Malco, cuando arrastrándole le introdujo en el salon donde el tribunal le esperaba.

Por otra parte, el cuerpo del Señor estaba tembloroso, débil por la sangre que había perdido, lleno de dolores por los golpes, las caidas y los malos tratamientos que le dieran, y sentía en todas partes un dolor tan vivo, tan agudo, tan intenso, tan profundo, que á cualquier otro ser hubiera dejado exánime. Á Jesús, empero, le daba fuerza el amor divino que nos profesaba: debía apurar la última gota del cáliz de las amarguras, y lo que hasta allí le sucediera había sido tan solo el primer sorbo. ¡Oh, cuánto nos amaba!

Gamaliel pudo observar que las piernas del Cristo se doblaban, negándose á sostenerle en pié, y dolido de su suerte y de sus tormentos, ordenó que le trajeran un asiento, y Jesús pudo reposar un poco.

El Cristo miró al Nasi para darle las gracias con aquella mirada, y Gamaliel pareció decirle con otra:

—Es todo lo que puedo hacer por tí.

La humanidad que Gamaliel demostrara, irritó grandemente á los malvados enemigos de Jesús, que destempladamente le dijeron por boca de Anás:

—Parece que os habeis constituido en protector de ese

malvado, cuando sois el presidente del tribunal que debe condenarle á muerte.

—El Sagan sabe, y sabe todo el tribunal, —replicóle Gamaliel; — que desde el instante en que un acusado se halla bajo el dominio de la ley, el Nasi debe ser su natural y mas decidido protector. Yo ignoraba que el Sagan del Sanhedrin desconociese los rudimentos mas triviales del derecho penal de Israel.

Anás se mordió la lengua al oír esta contestacion de Gamaliel, y se dijo para sus adentros:

—Hasta que hayamos aplastado del todo la cabeza á esa víbora, no iremos bien. Sus mordeduras siempre hieren dolorosamente, y es preciso evitarlo para siempre.

Luego levantando la voz, y dándola un tono pronunciadamente irónico, dijo:

—Me felicito de que sepais tan bien las leyes, Nasi, y espero admirar vuestra alta sabiduría y prudencia en el curso de la causa.

—Os ruego, Anás, que os atengais á vuestros deberes, y que recordeis que el Nasi ni puede, ni debe, ni quiere recibir exhortaciones de nadie, mientras esté dentro del círculo de su deber.

—¡Gamaliel! —díjole Caifás por lo bajo, en tono de amenazadora reprension.

El Nasi despreció la amenaza que el sumo sacerdote le dirigia, y como si no la hubiese oído, dijo á uno de los ugieres del Sanhedrin:

—Introducid á uno de los testigos.

El ugier obedeció, y pocos momentos despues entraba en la sala un hombre de aspecto repugnante y extraño; uno de aquellos hombres cuya mala historia la llevan impresa en el rostro y en los ademanes; uno de aquellos hom-

bres, que al parecer, estaban escludidos por la ley de testificar en contra de ningun hebreo.

Gamaliel miró el descaro del testigo, y su aspecto repulsivo impresionóle desagradablemente, hasta el extremo de poner al Nasi en el caso de preguntar:

—¿Alguno de los jueces conoce á ese hombre?—Y señaló al testigo que acababa de presentarse.

—Sí, yo le conozco: —respondió Onkelos con altanería.

—¿Y respondeis de él? ¿Sabeis si la ley le inhabilita para servir de testigo?

—Sé que es un hombre de bien, en toda la estension de la palabra; sé que es un honrado ciudadano.

Onkelos mentia bajo muchos conceptos, de los cuales solo citarémos dos; el primero era que el fariseo no le conocia, y el segundo que le habia dado dinero aquella misma noche, para que acusara á Jesús de la acusacion que él mismo le indicara.

Gamaliel hizo un gesto, como si quisiera significar que dudaba mucho de las palabras, que de proferir acababa el discípulo de su padre Hillel, y luego encogiéndose de hombros y dirigiéndose al testigo, le hizo la exhortacion legal que sigue:

—No son conjeturas y meras suposiciones, no es lo que haya llegado á tu noticia por medio de rumores públicos lo que exigimos que declares, sino aquello de lo cual estés plenamente cierto, por haberlo visto con tus propios ojos, y oido por tí mismo. Piensa que pesa sobre tí una enorme responsabilidad, y que el presente asunto no es como un negocio en que se trate de intereses materiales, los que pueden ser indemnizados, sino que va en ello la vida y el honor de un hermano tuyo, de un hijo del pue-

blo escogido. Si tú deponiendo en falso haces condenar injustamente el acusado á la muerte, caiga sobre tí su sangre, y la sangre de toda su posteridad, de la que habrás privado á la tierra, y Dios te pedirá estrecha cuenta de ello, como la pidió á Cain de la sangre de su hermano Abel.

Gamaliel estaba grave y conmovido al dirigir estas palabras al testigo. Diríase que tenia la certeza de que allí iba á sentenciarse el Hijo del Eterno Padre, segun eran graves y hasta fatídicas sus palabras y su acento. Una cosa inesplicable le dominaba; esta era la majestad del Inocente de cuya suerte iba á tratarse allí.

El testigo dijo con descaro y cinismo:

—Al presentarme delante del tribunal de Israel, bien sé que mi deber es atestiguar tan solo lo que he visto, y á ello vengo dispuesto.

—Jura, pues, en nombre del Dios eterno que te ha de juzgar; de ese Dios que sabe la culpabilidad ó la inocencia del acusado, y que lee en lo mas recóndito de tu corazon los ocultos propósitos que te animan; jura por ese Dios que ha de premiar tu deposicion si es verdadera, y que castigará tu crimen si es falsa; jura que dirás la verdad, solo la verdad de cuanto sepas acerca de los crímenes de que se acusa á Jesús de Nazareth.

El acento fatídico de las palabras de Gamaliel, era capaz de impresionar á otro que no fuese el testigo falso á quien se dirigia. El hombre comprado por Onkelos, no hizo sin embargo movimiento alguno, ni de espanto, ni de sorpresa. Quedóse frio, indiferente, como si le acabaran de hablar de una fruslería despreciable, y dijo con imperturbable serenidad:

—Juro por los siete nombres sagrados, que diré la verdad de todo cuanto sepa acerca el acusado.

— Habla pues. ¿De qué acusas tú á Jesús de Nazareth? — preguntó Gamaliel mirando al testigo de una manera particular, porque acaso intentaba hacerle perder la serenidad, y así desbaratar la obra de los sacerdotes, mas para contrariarlos, que para librar de sus impías manos al Cristo.

Onkelos, empero, habia buscado hombres que no se desconcertaban por una mirada mas ó menos. Su pecho endurecido era inquebrantable, era insensible. ¿Qué sensibilidad debia tener el corazon que se vendia, para acusar al mismo Hijo del Altísimo?

El testigo permaneció sereno, y hasta desafió el poder de la mirada de Gamaliel con una sonrisa cínica, aunque imperceptible, y dijo con fingida calma:

— Acuso á Jesús de Nazareth de tener hecho pacto con Beelcebú.

Nicodemus y José de Arimatea se estremecieron, como si les hubiese mordido en aquel momento un animal venenoso, y pusieron con horror la mirada en el falso testigo, que se mantenía sereno, imperturbable, despues de la tremenda blasfemia que acababa de pronunciar.

Jesucristo sentado en medio del salon, continuaba permaneciendo con la cabeza triste y congojosamente inclinada, y los ojos puestos en tierra con humildad. Á veces debían dolerle tanto las heridas, que suspiraba, aunque lo hacia imperceptiblemente, como aquel que sufre mucho, pero que lo hace con resignacion.

Nicodemus desde aquel momento paró una grande atencion en lo que el falso testigo iba á deponer, porque el buen sacerdote necesitaba enterarse perfectamente de ello.

Gamaliel siguió preguntando al testigo falso:

— ¿Qué pruebas alegais para confirmar vuestra graví-

sima acusacion? ¿Habeis presenciado algun hecho de Jesús de Nazareth que acredite bien lo que acabais de decir?

— Sí.

— ¿Cuál es ese hecho?

— Le he visto de noche, con grande espanto mio, rodeado de espíritus inmundos, que comparecian allí merced á sus diabólicas evocaciones. La noche en que por casualidad esto presencié, fue sucedida de un dia en que hizo algunos de lo que él y los suyos llaman milagros. Entonces me espliqué yo el secreto de sus obras portentosas, y el por qué se retiraba todas las noches á lugares solitarios.

— Concretad mas el caso, porque eso que estais atestiguando es muy vago para ser tan grave.

— Refiero el hecho. Si necesitais mas detalles preguntadme, porque yo no soy muy esperto en cuestiones de justicia: — replicóle el testigo con bastante descaro.

— ¿Y por qué se han de concretar mas los hechos? — preguntó entonces Caifás con impaciencia, pues temia una contradiccion por parte del testigo.

— Porque es procedimiento de justicia: — replicó Nicodemus con fuerza y energía.

— Es procedimiento de justicia, cuando los jueces no están convencidos perfectamente de la verdad de la acusacion, pero es un procedimiento innecesario, cuando el tribunal sabe los grados de culpabilidad del acusado.

— Onkelos, os equivocais, — repuso Nicodemus; — la ley manda que los testigos depongan clara y esplicitamente, y que los jueces oigan las deposiciones del testigo, tal cual este las debe hacer, sin que se meta la ley en las interioridades que vos pretendéis. Aquí cada cual tiene perfectamente delineado su papel; el juez debe oír, preguntar y

juzgar, y el testigo acusador, hablar, responder á cuanto se le pregunte, y asumir en sí la parte de responsabilidad que le quepa, si su deposicion resulta falsa. No porque vos esteis convencido de lo que llamais la criminalidad de Jesús, lo estoy yo, y léjos de eso, yo estoy plenamente cierto de su inocencia. Y como yo, debe haber algun juez en el salon que necesita, no solo oír las deposiciones de los testigos, sino tambien preguntarles.

— Pero así no vamos nunca á concluir: — exclamó Eleazar, creyendo que no había peligro en hacer semejante exclamacion.

— La vida de un inocente pende tal vez de nosotros, Eleazar, y bien merece esta vida que nos mortifiquemos un poco, y que calmemos nuestra impaciencia: — repuso Nicodemus.

Eleazar mordióse la lengua, porque la contestacion de Nicodemus no tenia lo que se llama vuelta de hoja, y Anás dió á su hijo un tremendo pisoton, como para recordarle lo que al salir de su casa le encargara.

— Vamos á perder la noche sin resultado: — dijo Caifás montado en cólera.

— Si examinamos minuciosamente los testigos uno por uno, no terminaremos nunca, y es preciso dar mayor actividad al asunto: — dijo resueltamente Anás.

— Pretendeis una ilegalidad espantosa: si quereis juzgar en justicia, ¿por qué os apartais de la ley? — exclamó Nicodemus con fuerza y grande energía.

— Propongo al Sanhedrin que se dé por satisfecho de las simples declaraciones de los testigos. La criminalidad del reo es bastante pública, para que nos entretengamos en preguntar los detalles que todos sabemos perfectamente, — dijo Onkelos con voz amenazadora.

Anás y Caifás se levantaron á una, y dirigiéndose al Nasi con la decision de los dogos enfurecidos, guturaron:

— Nasi, ¿no oís lo que el tribunal os propone? Es necesario que lo que los jueces de Israel resuelven, lo ejecute el que los preside.

— Los jueces no han resuelto nada, — contestóles el Nasi acobardado.

— Pues lo resolverán.

Y mirando Caifás y Anás á sus compañeros, casi todos se levantaron en masa para decir:

— Pedimos que la proposicion de Onkelos sea la ley que nos rija en este asunto.

— Y yo pido á mi vez que la ley se cumpla, — exclamó Nicodemus con voz de trueno.

— Os singularizais mucho, Nicodemus, — díjole con acento amenazador el fariseo Onkelos.

Nicodemus repitió, cual si no hubiese oido lo que se le acababa de decir:

— Pido que la ley se cumpla, y protesto contra el acto inalicable que se pretende llevar á cabo.

— Y yo tambien, — dijo José de Arimatea levantándose, y desechando el miedo que le dominara hasta entonces.

— ¡Y yo tambien! — repitieron cuatro jueces mas, no porque fuesen partidarios de Jesús, sino porque se les resistian tantas ilegalidades y tanta crueldad.

Gamaliel estaba acobardado, como lo está el niño que encontrándose en despoblado, ve que una tempestad va á echársele encima.

— Nasi, ¿qué resolveis? — gritó Anás con furia, cual si quisiera acabar de imponer á Gamaliel, á quien contaba ya tener subyugado.

— Son sesenta y seis votos contra seis. ¿Puede ser dudosa la resolución? — añadió Caifás con el mismo tono.

El Nasi hizo un ademán como que quisiera pacificar la tormenta que se levantara en torno suyo, y no bien hubo restablecido un poco la calma, con voz insegura y afectada dijo:

— Os recomiendo la circunspección, señores. Los jueces de Israel deben dilucidar con calma.

— Y el Nasi cumplir con su deber, — exclamó violentamente el viejo pontífice.

— Sé muy bien cuál es mi deber, Anás, para que admita lecciones de vos ni de nadie.

Y animándose por grados, continuó:

— La ley se cumplirá y mantendré á todos en su derecho. Los jueces de Israel no pueden privar á nadie de ese derecho. En hora buena que dejéis de interrogar al testigo acusador, pero el Nasi no puede impedir que le interroguen los que no se den por satisfechos de su deposición.

— ¡Gamaliel! ¡Gamaliel!... — díjole Caifás al oído, con voz amenazadora y reconcentrada.

El Nasi se estremeció al oír aquella voz que le recordaba el puñal del sicario, y añadió con apagado acento:

— En cuanto á mí, me doy por satisfecho de la deposición del testigo.

— Yo no, — observó inmediatamente Nicodemus.

— Preguntadle pues, y sed breve.

— Nicodemus, — exclamó la voz de Ananías, — vos sois un enemigo del pueblo de Dios.

— Nasi, — dijo á su vez el interpelado, — os ruego que me mantengais en mi derecho, y que procureis evitar que se insulte en pleno tribunal á un juez del pueblo escogido. Gamaliel miró tristemente á Nicodemus. Aquella mirada

significaba que el Nasi acababa de hacer todo lo que estaba en su mano para favorecer á Jesucristo, y que le parecía imposible hacer algo más.

Nicodemus compadeciéndose de la cobardía de aquel hombre, y despreciando los rumores amenazadores de sus compañeros de tribunal, empezó á preguntar al testigo en esta forma:

— Habéis dicho que era de noche cuando visteis á Jesús de Nazareth rodeado de espíritus inmundos. ¿Le visteis pues muy cerca?

— Sí.

— Á vuestro juicio, ¿cuántos pasos habia de vos á Jesús?

— No puedo contestaros, porque yo me guardé muy bien de acercarme mucho á Jesús de Nazareth.

— Si no os pudisteis acercar á él, ¿cómo lograsteis reconocerle perfectamente? Vos sabéis que en Israel los testigos acusadores deben identificar la persona del acusado, y probar que es la misma que cometió el crimen de que se le acusa. Á favor de las tinieblas, ¿cómo pues pudisteis reconocer perfectamente á Jesús en el que estaba rodeado de espíritus inmundos?

— Es que hacia una luna muy clara, — contestó el acusador empezando á desconcertarse.

— Pero á favor de los rayos de la luna no puede identificarse una persona, á no ser que se halle muy próxima al que la acusa, por ejemplo, á tres ó cuatro pasos. Vos sabéis que en Israel las identificaciones han de ser perfectamente exactas.

— Eso mismo sé, y debo declarar que me hallaba bastante próximo á Jesús de Nazareth, para que pudiese identificarle.

— Entonces, si tan próximo estabais á Jesús de Nazareth, hasta el extremo de poder atestiguar que su persona es la misma que la que se hallaba rodeada de espíritus inmundos, ¿cómo habeis dicho poco antes que os guardasteis bien de acercaros mucho al personaje que acusais?

El testigo se desconcertó por completo, viéndose tan manifiestamente en una contradicción esencial, y á pesar de su cinismo y de su anterior descaro, no supo contestar á Nicodemus.

Este continuó preguntándole, después de haber hecho una pausa, para que el Sanhedrin se convenciera de que el testigo hallado en falso, no tenía una palabra para responder á su pregunta.

— Una de dos, — dijo después de aquella pausa, — ó vos estabais muy cerca de Jesús, de modo que pudisteis perfectamente conocer su persona, á la luz débil de la luna, y en aquel momento de espanto para vos, ú os hallabais bastante lejos, y en este caso no pudisteis reconocerle, ya por la falta de luz, ya por la turbación que os inspiró la presencia de los espíritus inmundos. ¿En qué quedamos, pues, estabais muy cerca ó bastante lejos?

El testigo palideció terriblemente, y viendo Nicodemus que no hallaba una contestación el acusador, dirigiéndose complacido al tribunal, dijo al Nasi:

— La contradicción es manifiesta, y la confusión del testigo dice bien claramente que la acusación es falsa. Nasi de Israel; las leyes ordenan que cuando un testigo acusador resulta falso, deben aplicársele las penas que debían aplicarse al acusado, si la acusación resultara cierta. Yo reclamo que se apliquen al testigo que acabo de preguntar, las penas dispuestas para aquellos que tienen comercio íntimo con los inmundos espíritus. Después de esta

reclamación, solo me resta decir al tribunal que estoy satisfecho.

Al oír la reclamación de Nicodemus, el falso testigo empezó á palidecer y á temblar, y mirando á Onkelos, que permanecía frenético y aturdido, iba tal vez á revelar el secreto de aquella deposición, cuando el fariseo dijo con voz de trueno, para sofocar la del testigo:

— ¿No acaba Nicodemus de darse por satisfecho? Nasi de Israel, ¿qué hace aquí ese hombre ya?

Á una señal del Nasi un ugiar condujo el falso testigo á un aposento separado, y una vez llegado á él, el testigo falso bramó:

— ¡Maldito sea Onkelos! Yo fiado en sus seguridades, héme prestado á deponer en falso, pero si por acaso se me condena, referiré públicamente esa historia, y ó él vendrá á compartir conmigo mi suplicio, ó me libraré de las penas que me amenazan. ¡Maldito fariseo! ¡Maldito fariseo! ¡Así tus intestinos sirvan para estrangularte á tí mismo!

Presentóse al tribunal un nuevo testigo, que á las preguntas de Gamaliel contestó de la misma manera que el anterior, bien así como el que está con antelación instruido sobre lo que debe decir.

Cuando Gamaliel hubo terminado su interrogatorio, dispúsose Nicodemus á hacer lo mismo que con el primero hiciera. Para aquel hombre justo, importaban poco las irritadas miradas de Onkelos y de todos los enemigos de Jesucristo; le importaba poco morir, después que hubiese confundido á los rabiosos seres, que poseídos del espíritu de Satanás, intentaban condenar al Salvador del mundo.

Así fue que mientras bramaba la tempestad de las mas

viles pasiones sobre su cabeza, preguntó tranquila y serenamente al falso testigo:

—Habeis presenciado vos lo que acabais de testificar?

—Sí.

—¿Os hallais solo ó acompañado de alguien mas?

—Venia conmigo el compañero que ha entrado antes que yo á deponer aquí sobre la misma acusacion.

—Siendo así, ¿por qué tanto vos como vuestro compañero, al responder á las preguntas del Nasi, solo habeis hablado en singular?

—Como solo se me pregunta á mí, solo debo hablar de lo que yo ví.

—¿Cuándo sucedió lo que habeis declarado?

—Dos días atrás.

—¿Dónde sucedió?

—En el monte de las olivas.

—¿En qué parte del monte?

—En el huerto de Gethsemaní.

—¿Y á dónde ibais vos y vuestro compañero durante las altas horas de la noche?

—Íbamos de camino, y nos dirigíamos á la ciudad santa, para celebrar la festividad de la Pascua.

—Es muy particular que yendo de camino y dirigiéndoos á Jerusalem, para asistir á la solemnidad de la Pascua, anduvieseis por una vereda que solo conduce á las quintas que rodean la ciudad, y que no llega mas allá de la última de las indicadas quintas. ¿Cómo me explicais esta contradiccion en que habeis incurrido?

—Diciéndoos sencillamente que fue de la manera que acabo de declararlo.

—Á pesar de todo, es una manera de declarar que no prueba nada; que no dice mucho en favor de vuestra de-

posicion... Y decidme, ¿desde dónde visteis que Jesús se hallaba rodeado de inmundos espíritus?

—Desde el camino.

—Si mal no recuerdo, habeis declarado que Jesús de Nazareth se hallaba dentro del huerto.

—Así era.

—Entonces, decidme, ¿cómo siendo de noche pudisteis distinguir tan perfectamente las facciones del que, segun decís, se entregaba á tan execrables conjuros, pues no hallais reparo en asegurar que era Jesús de Nazareth?

—Es que la luna era muy clara, y el Nazareno se hallaba en la parte del huerto, que linda con el camino por donde pasábamos.

—Vuestra declaracion tiene todos los caracteres de las declaraciones falsas, porque, ¿cómo podíais ver vos al que decís que se hallaba dentro del huerto, y en la parte que linda con el camino por donde andabais, si el huerto está separado del camino por medio de una pared mucho mas alta de lo que alcanza vuestra estatura?

—Es que la pared...

El testigo acusador se detuvo de repente, sin saber que contestar, sin que se le ocurriera una idea suprema de salvacion. Onkelos y sus amigos habian seguido con interés creciente el interrogatorio, y viendo la manera como el falso testigo contestaba, creian ya haber obtenido la victoria, pero no observaban que el testigo anterior habia sido hallado falso en la misma acusacion, y que aun cuando el presente saliera airoso, á pesar de sus dos ligeras contradicciones anteriores á esta última y suprema, de nada podia servir legalmente la deposicion de un solo acusador. Por otra parte, no contaban con que Nicodemus tenia de su parte la razon, y un juicio y un talento penetrantes, y

que el acusador declaraba en falso. Pero cuando oyeron la pregunta última que el discípulo de Jesucristo dirigia al falso testigo, mordieronse los labios con increíble despecho, y maldijeron á Gamaliel de todo corazón, proponiéndose tal vez impedir que Nicodemus siguiera preguntando á los testigos que en adelante se presentaran.

El bueno y noble sacerdote, viendo confundido tan completamente al falso acusador, dirigióse al Nasi y le dijo:

—Tambien este segundo testigo ha declarado en falso; ha acusado á un inocente de un crimen que merece la muerte. La confusion en que ve el Sanhedrin al acusador falso, da pruebas irrefragables de su crimen, y yo pido al tribunal que se cumpla con él la ley, como lo he pedido en justicia para su compañero por la falsa acusacion de que se halla convicto.

El testigo fue retirado de la sala por orden de Gamaliel, y al pasar junto á Onkelos, le dijo con reconcentrada rabia, y con acento lo bastante fuerte para que fuese de todos oido:

—¡Me habeis vendido!

Onkelos avergonzado y frenético balbuceó por lo bajo:

—No temas; yo te salvaré.

—¡No temas!—dijo con desesperacion el testigo al salir de la sala;—tambien me decias una hora atrás que no debia temer, y sin embargo ya lo ves, Onkelos.

Y esto lo dijo el testigo con voz tan alta, que no hubo nadie en el salon para quien pasara desapercibido lo que hablaba el confundido acusador.

Onkelos corrido y avergonzado; rabioso y desesperado, maldecia á Dios, á Jesucristo, á sus compañeros, á los testigos y hasta á sí mismo.

Su situacion era incalificable, y en su mismo crimen empezaba á encontrar una parte del castigo que mereciera.

Es indecible lo que sufría y rabiaba el fariseo.

—¡Oh!—dijo mordiéndose la lengua;—despues que todo esto haya terminado, he de lavarme la boca y los ojos con la sangre de ese maldito Nicodemus, que osa ponerme en ridículo y contradecirme. ¡Oh! sí, sí! he de lavarme la boca y los ojos con su sangre!

### CAPITULO XIII.

#### Acusaciones falsas.

Un nuevo testigo acusador se presentó delante del tribunal. Tenia poco mas ó menos el mismo carácter de los dos anteriores, es decir; llevaba escrito en el semblante pertenecer al número de los que, por sus malos antecedentes, no podian ser admitidos á testificar contra ningun israelita.

Gamaliel no preguntó nada acerca del particular, porque tenia por cierto que el mismo Onkelos responderia del falso testigo, así es que no bien le hubo hecho la exhortacion que hemos visto para que dijera la verdad, y apenas hubo tomado el juramento necesario, empezó el interrogatorio de la siguiente manera:

—¿Conoceis á Jesús de Nazareth?

—Sí, le conozco perfectamente.

—¿Es el mismo en persona el que ha cometido el delito de que le vais á acusar?

—El mismo.

—¿Estais positivamente cierto de ello? Miradle bien.